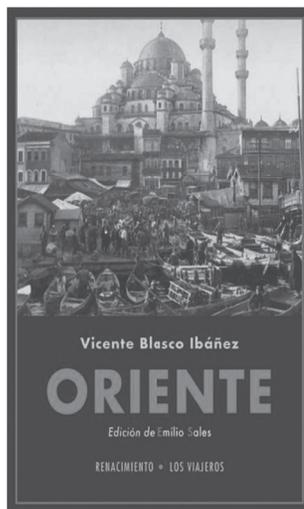


ejemplo, la percepción bíblica de la historia es fundamentalmente defectuosa, pero consiguió extenderse por el mundo, y todavía hay muchos millones de personas que se la creen». Y concluye: «La Biblia —‘consideremos el texto como un referente de la cultura occidental, digo’— diseminó una teoría monoteísta de la historia, que afirma que el mundo está gobernado por una única deidad todopoderosa que se preocupa, por encima de todo, de mí y de mis actividades. Si ocurre algo bueno, tiene que ser un premio por mis buenos actos. Cualquier catástrofe será con seguridad un castigo por mis pecados».

El caso es que el hombre, a la vez, reclamará siempre la idea de libertad, su propia libertad. Y no se trata de una dialéctica ciencia contra espíritu, que ha de ser planteada en otros términos, sino asunción del gran argumento del hombre solo: la duda, la sorpresa de vivir hacia la Nada. Desde su curiosidad platónica hacia un destino que, en principio, no le es favorable. Y entretanto, hipotecada su vida real por el yugo de la necesidad.

**RICARDO MARTÍNEZ**



**Vicente Blasco Ibáñez**

***Oriente***

**Edición de Emilio Sales**

**Renacimiento, Sevilla, 2016**

### **Blasco Ibáñez, viajero**

La celebración en 2017 del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, Francia, 28 de enero de 1928) hará que, a lo largo de este año, y aunque sea de forma algo forzada y artificial, en virtud de la obligación casi moral que dicha efeméride nos impone (la Generalitat Valenciana, que durante años tuvo arrinconada y olvidada su memoria, ahora ha declarado 2017 como «Año Blasco Ibáñez» y ha puesto en marcha una serie de actos conmemorativos, en colaboración con el Ayuntamiento de la capital del Turia), la vida y la obra de este valenciano universal vuelvan a estar en el escaparate. Sin

embargo, no debería ser así, pues, si nos atenemos a la magnitud alcanzada por su figura, pocos personajes merecerían una atención más continuada y sostenida que nuestro protagonista. Porque, aunque a veces se nos olvide, conviene recordar de vez en cuando que, además de político y escritor, facetas con las que habitualmente lo asociamos, Blasco Ibáñez fue periodista (escribió para distintos medios y dirigió durante muchos años el diario *El Pueblo*, que él mismo había creado en 1894), editor (socio y director literario de la editorial F. Sempere y C<sup>a</sup>, luego rebautizada como Prometeo), colonizador (fundó dos colonias en la Argentina que se suponía que iban a ser un negocio y terminaron siendo un fracaso) y guionista (al ver el éxito que tuvo la adaptación al cine de alguna de sus novelas, quiso probar fortuna en un oficio con el que, ingenuamente, pensaba conquistar Hollywood). En definitiva, un «hombre-orquesta» que tocó todos los instrumentos posibles, con éxito desigual, eso sí.

Volviendo sobre una de esas múltiples vertientes de su personalidad, concretamente la que se plasmó en varios libros de viaje que, sin ser obras maestras del género, conservan, todavía hoy, su indudable valor como documentos de una época, concebidos por un escritor cosmopolita que viajó por medio mundo y supo retratarlo con un estilo propio, la Editorial Renacimiento acaba de

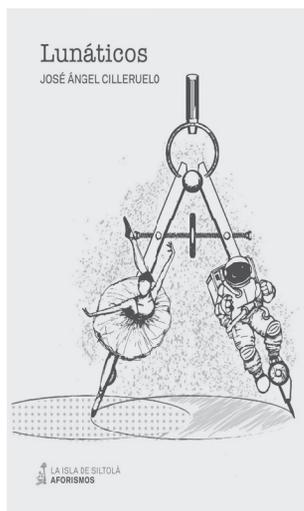
publicar una nueva edición de *Oriente*, a cargo del profesor y blasquista Emilio Sales, autor de una breve —pero documentada y clarificadora— introducción en la que sitúa muy bien la obra en su contexto. *Oriente* es el resultado de un viaje que hizo Blasco al Imperio Otomano —la actual Turquía— durante el año 1907, en un momento en que eran muy pocos los periodistas o escritores españoles que se adentraban en un territorio no me atrevo a decir que hostil, pero sí bastante incógnito. Un país que, si hoy nos resulta ya familiar, modernizado y occidentalizado como está, en la época de la que hablamos se concebía como el paradigma de lo exótico y lo oriental, como demuestran estas crónicas o las que un año después remitiría Julio Camba desde Constantinopla, aportando ejemplos sobrados de ese choque de civilizaciones *avant la lettre* que supuso para un cristiano como él entrar en contacto con la cultura y las costumbres islámicas. En el caso de Blasco, y como era habitual en él (también en Camba), los textos escritos durante su periplo turco fueron publicados —y cobrados— primero en varios periódicos de España, Argentina y México, para después reunirlos en un volumen unitario que le granjeara nuevos ingresos.

Como *París: impresiones de un emigrado* (1893) (también reeditado por Renacimiento en 2013, en edición del propio Sales), *En el país*

del arte (*tres meses en Italia*) (1866) o el más conocido de todos, *La vuelta al mundo de un novelista* (1924-1925), *Oriente* forma parte del grupo de los libros de viaje escritos por Blasco para documentar sus andanzas (en este caso, además, y como recuerda con cierto Sales en su introducción, el de Turquía fue un viaje especial porque fue uno de los primeros que el autor emprendió con su amante y segunda esposa, Elena Ortúzar) y dar rienda suelta a su reconocida grafomanía. Aunque desde el punto de vista de su repercusión, tuvieron menos eco que las novelas que integran su «ciclo valenciano» (*La barraca*, *Arroz y tartana*, *Cañas y barro*) o su «ciclo español» (*La bodega*, *La catedral*, *La horda*) y, por supuesto, que su gran best-seller mundial, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), se trata en todos los casos de libros que, no solo nos muestran una vertiente de Blasco —la de ese hombre aventurero y emprendedor, que se sentía capaz de comerse el mundo— quizá menos conocida para el gran público, sino que, además, reúnen el mérito de ser libros amenos que, pese al paso del tiempo (más de un siglo en el caso concreto de *Oriente*), resisten perfectamente la lectura, gracias al vigor narrativo y a la capacidad para sugerir de un escritor al que se le podrán poner —y se le han puesto siempre— muchos reproches formales, pero al que nadie puede acusar de no haber trabajado con ahínco para encontrar, dentro del panorama

de la literatura española contemporánea, una voz propia y diferenciada; cosa que, a mi juicio, y al margen de gustos personales, no se le puede discutir.

FRANCISCO FUSTER



José Ángel Cilleruelo

*Lunáticos*

Edición de Emilio Sales

La Isla de Siltolá, Sevilla, 2017

### Un año en los márgenes

Un libro de aforismos, a poco que se descuide, se convierte en un libro de recetas: cada aforismo una píldora, una cucharada de jarabe, una pomada, una tirita. Este género ha convertido a un puñado de escritores en espontáneos curanderos que se entusiasman diagnosticando males imaginarios (los que dimanan de la sociedad de consumo y dictan normas

de uso obligatorio de la razón, la acción e incluso el sueño) a mayor gloria del ingenio, la banalidad y el aburrimiento. Adultos jugando a enfermeros que auscultan muy serios a sus pacientes de mentira con un fonendoscopio del que pronto olvidan que está hecho de plástico. Frente a esos libros de aforismos medicados (para no contagiar, como profilaxis, en aras de la salud pública), este de José Ángel Cilleruelo se autocalifica, desde el título, de «lunático», término que aclara en su epílogo: «Lunático es quien interpreta a su aire y en contra del sentido común establece relaciones lógicas que solo él ve». Un aforismo lunático «no dice nada» (no diagnostica nada), que es lo único que, merced a las connotaciones y a las evocaciones que dinamiza, merece la pena decir.

Como, además, el aforismo lunático «es un género poético», un libro que los reúna debe contener una suerte de poética que lo ilumine. Este de Cilleruelo se nutre de «palabras caídas en el suelo», «olvidadas junto a una silla», tan humildes que uno pueda caminar por ellas «en pijama con una taza en la mano», escritas con un «pintalabios en un billete de tranvía» o alicaídas porque «se inclinan en el jarrón de la página» como una flor mustia. También reivindica las metáforas silvestres (las que crecen en taludes y roderas) cuyo fruto salta a la vista para quien sepa distinguirlas: «Un cesto de manzanas verdes,

un tarro lleno de canicas, un jarrón con un tulipán, una caracola en un estante». Palabras desechadas por la sociología imperante (contra la cual este libro, según su autor, pretende ser un alegato) porque no sirven a la causa general del ruido y por los hospitales del pensamiento porque se niegan a aplicarle el bisturí a una realidad perfectamente sana. Y metáforas rescatadas del desguace porque, contradiciendo a quienes las abandonaron allí, aún tienen muchos kilómetros en sus ruedas. De esta manera, serán la espuma o los guijarros (o bancos, cerezas, panes, farolas, troncos, avisperos, gorriones, cebollas, nogales o alfombras) quienes protagonicen las mejores novelas o se agrupen como versos de un poema.

Ya se ve que el aforismo lunático escoge los márgenes para avanzar sin ser notado. Y que cada uno señala como el acontecimiento más importante del día (el arranque virtual que comparten todos los de este libro, según explica el propio Cilleruelo) algo que suele pasar desapercibido. Eso desapercibido puede ser una conversación escuchada a medias en una calle (la de una niña hablando con su muñeca, la de un anciano que podría ser la reencarnación de Sócrates) o una cabaña de troncos donde, mientras al atardecer se tuestan dos rebanadas de pan al fuego, uno se pone a habitar de manera natural sus pensamientos (al interior del cual quizás unas hormigas trasladen gotas de luz para que puedan contemplarse